

¡Qué luz es esa!

Viene la luz más redonda

Miguel Hernández

Acacia

Es tu vida una galaxia,
un universo inconsciente.
Y si te encuentro silente,
de veras, que me da gracia.
Cuando tus ojos, Acacia,
se encienden como luceros,
son los años venideros
más dulces para el olvido,
pues contando lo perdido,
¡he perdido hasta los ceros!

Es especial que la altura
le niegue al pincel tu encanto,
y ante el ensueño, mi llanto
parezca ilusión madura.
Si el ser en tu ser fulgura,
y reluce la mañana,
soy tu noche más lejana
en este notable mundo.
Vuelvo a ser un moribundo,
un tallo que se desgrana.

Trina frágil el momento,
porque en tu talle los peces
se mezclan algunas veces
cortando la luz y el viento.
Cuando caminas yo siento
ágil tu sombra, menuda,
mas cuando el sol te saluda,
Acacia, no hay más dolor
que pensar en el pintor
que quiso pintarte muda.

Primavera

Destella el iris, se irisa
con una dulce sonrisa.

El cielo la luz hilvana,
el verde en las flores mana
y en un calado de lana
se despierta la mañana.

Entre los tallos de arena
el agua fluye serena.

Como un pétalo en la brisa
sueña alegre en la ventana;
con la energía más plena.

Glosa

*Flor que sólo una mañana
duraste en mi huerto amado,
del sol herido y quemado
tu cuello de porcelana*
Nicolás Guillén

Cerré mis ojos al verte
tan profunda en la ventana,
flor que sólo una mañana
tocaste el silencio inerte.

Soñar tus manos, tenerte
en la miel del mediodía:
ritmo frágil, melodía,
manantial de voz y fruto;
leve soplo, diminuto,
flauta de melancolía.

Tu perfil en movimiento
caló el minuto sagrado;
duraste en mi huerto amado
la magnitud del aliento.

Las enaguas en el viento
desgastaron el poniente
y allí la razón ausente,
sin despeinar a las olas,

al torcer las caracolas,
besó la espuma silente.

El agua en el verso aflora,
la tierra busca el arado;
del sol herido y quemado
florece el iris, la aurora.

El cielo libra la espora,
se muere por abrazarte
y sin poder modelarte
espera junto a tus ojos.

Maduran los rizos rojos;
el tiempo vuelve a soñarte.

Arde el labio en la mejilla,
la luz a la luz desgrana;
tu cuello de porcelana
reluce desde la orilla.

Roza el aire la semilla
y la piel despliega el vuelo;
pende la fruta del cielo
sobre tu rostro de arena:
gota a gota cae la pena
y se derrama en el suelo.

En el mar de Argel

*Y tú, mi dulce suspiro,
rompe los aires ardiendo*

Luis de Góngora

En una lengua de mar
cierro los ojos, respiro;
y tú, mi dulce suspiro,
nunca dejes de soñar.

Oigo un fragante trotar,
murmullo de piel y arena;
en el agua la azucena
hila la espuma y el viento:
resplandece el firmamento
en la mirada serena.

Un rebaño de amapolas
rompe los aires ardiendo,
rozo las nubes y prendo
mis labios entre las olas.
Pétalos de caracolas
palpitan en el regazo;
la tarde suelta su lazo
de lluvia sobre el poniente,
y la mejilla inocente
deja su luz en mi brazo.

Deseo

Cala la piel el sonido,
vibra profundo el oráculo;
bajo las nubes el báculo
deja en la voz un latido.
Surca la luz el olvido,
el viento bate las olas;
glorietas de caracolas
abrazan el iris trémulo
y el eco orgulloso, émulo,
florece en las amapolas.

Éxtasis

Sueña dulce en la ventana
a la luz de la mañana.

Como un diamante pulido
centellea su vestido
bajo el azul embebido
en el ardiente latido.

Las nubes besan el cielo,
la fragancia y el anhelo.

En el calado de lana
apenas siente el zumbido
que se esparce con el vuelo.

Alondra

Amo su cuerpo silvestre
y su sonrisa en las rosas,
mientras el aire nocturno
bebe el cristal de las olas.

Sobre la espuma dormida
se desmayan las gaviotas;
su figura —terciopelo—
centellea entre las rocas.

El sol titila distante
más allá de las magnolias.
Una dulce llama ecuestre
en las pupilas se dora.

Extasiados, los corceles
en la playa se desbocan;
y la luz enamorada
surca la voz del aroma.

Ella libra sus cabellos,
resplandecen las magnolias;

en sus manos apacibles
besan los peces la aurora.

Su vestido carmesí
entre las dunas aflora
y sus labios de corales
despiertan las caracolas.

En los calados azules
donde florecen las notas
un violín se balancea
en el pico de la alondra.

Cuando sonrío, recuerdo
la armonía que retorna
desde su pecho desnudo
a mi regazo sin sombra.

Niña mía

*se me queda el corazón
en tu barco negro y frío.*

Rafael Alberti

Rozo sus manos, regreso
desde la brasa al carbón,
se me queda el corazón
entre los labios y el beso.
Vaga el instante profeso
junto al abrazo silente
que desemboca en la mente
como un suspiro en el mar.
Siento la tarde volar
en el regazo del puente.

Se despeña mi mirada
en tu barco negro y frío,
mientras reposa el vacío
bajo la luna perlada.

Llega la brisa calmada,
frunce la espuma el reflejo;
y ante sus ojos, más viejo,
guardo la eterna caricia.

Pescador, ya no hay codicia
en cautivar al espejo.

¡Qué luz es esa!

*¿Se sabe qué luz es esa?
¡Dios mío, solo se sabe
que nadie en el mundo sabe,
Teresa, qué luz es esa!
Nicolás Guillén*

Sin partir, la luz regresa
con su madurez lozana
a la nítida ventana
y resulta una sorpresa.

¿Se sabe qué luz es esa?

Cuando en las nubes anida
sin saberlo la partida,
y arde el fragor en la mente;
llega tu abrazo silente
como una nota de vida.

¿Cómo besar tu mirada?

¡Dios mío, solo se sabe

que tu sonrisa es alabe
y tu iris —alborada—!

Calmar la sed, la tonada,
el furor en la pupila:
nunca intuyo qué deshila
en tus ojos el momento,

donde me rozas y siento
el perfume de la lila.

Al escucharte comprendo
que nadie en el mundo sabe
que un amor que no se acabe
es un suspiro latiendo.

No sin razón me sorprendo
al pillar la luz inquieta
en la exquisita glorieta
del jardín acogedor:
tu rostro tiene el color
profundo de una violeta.

¿Será posible sorber
el dulzor en la mañana
—esa luz que se desgrana
como un milagro en el ser—?

¿Será posible volver
de tus labios cada día
sin el brío, la armonía
y esa brasa tan traviesa?

¡Teresa, qué luz es esa
que me ofrece la alegría!

Díptico

I

igual que una mariposa

Juan Ramón Jiménez

Arde la noche celosa
junto a la espiga de nieve;
ronda la flor del relieve
igual que una mariposa.
Sorbe la luz. Sigilosa
desdibuja su mejilla.
Y, no lejos de la orilla,
palpa desnuda la arena.
Entre las olas, serena,
abre sus alas de arcilla.

II

que saca del barro el cielo

Juan Ramón Jiménez

Se estremece. Cae la gota
que saca del barro el cielo
y en el mágico subsuelo
salpica. La luz rebrota.

Transfigurada, remota,
camina por la ribera;
bruñe sus alas, espera
que el silencio la consuma.
Sobre el nácar de la espuma
lame el astro su cadera.

Lolita

*Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.*
Federico García Lorca

Sin sopesar la sonrisa;
sucia de besos y arena
tentó mi rostro, serena
como un destello en la brisa.

Rodó la luna sin prisa
sobre su piel —alborada—;
voló la tibia cascada
entre mis manos de ayer.

Con ansias le vi nacer
bajo la luz derramada.

Como una sombra en el fuego
yo me la llevé del río
y las uvas del rocío
anidaron en mi pliego.

Casi mudo, casi ciego
por la grácil melodía
sentí con melancolía
la brevedad, el otoño.

El tiempo enjugó su moño
y la eterna lejanía.

Ocaso

cenit de una primavera

Jorge Guillén

Vuela la tarde. Titila
en la lejana pupila.

Junto al iris nacarado
el horizonte calado
reverdece enamorado
en las espigas del prado.

Por los pistilos de cera
abre las alas, espera.

Entre las nubes oscila,
sorbe el pétalo dorado
—*cenit de una primavera*—.

Zunzún

Zunzún, detalle del viento

Adolfo Martí Fuentes

Tientas las nubes. Y siento,
cuando en el iris te posas,
espadachín de las rosas,
que se dilata el momento.

Zunzún, detalle del viento;

¡hondo compás del latido!

Libas la luz, el sonido

—dulce soplo sideral—.

En la piel del manantial

arrebolos lo vivido.

Teresa

Goce supremo, Teresa

Nicolás Guillén

Goce supremo, Teresa,
cuando se ciñe al paisaje
y vuelve como de un viaje
al instante en que me besa.
Rueda la luna. Traviesa,
ronda su mano mi pecho
y, consumada en el hecho,
hunde los dedos, suspira.
Teresa, el mundo delira
cuando yo abono su lecho.